

## **Capítulo 7**

### **El duelo**

#### **Noches negras**

Era fácil caer en sus brazos. La noche avanzaba suave, los ruidos cesaban, el cuerpo cedía. Entonces comenzaba lo peor. En la habitación a oscuras Lili no dormía. Sombras, imágenes y sonidos incomprensibles poblaban la casa. Ojos desorbitados convertidos en un abismo en el que caía el mundo entero. Noches negras, ojos de gato en la oscuridad, visiones fugaces. Manolo sonreía desde la ventana. Blue jeans desteñidos, sweater de codos gastados y una bufanda larguísima enroscada varias veces en su cuello, expresión feliz y mirada seductora. Lili, víctima del encantamiento, mantenía la respiración, apenas un suspiro podía provocar que la aparición se desvaneciera. Fijó la mirada en esa presencia difusa. Pero era sólo el inicio. Con velocidad de rayo comenzaron a incorporarse otras siluetas. La cara gigante del abuelo Eduardo flotaba en la habitación, "Ahora entiendo por qué tantas reuniones de estudio en el garage, así terminaron", decía y reía como loco. Lili intentó moverse pero no pudo. Su hermana, desde un rincón, la señalaba con el dedo. Bastó un segundo para que la imponente figura de Marcelo invadiera la oscuridad, no

podía entender ese fenómeno, sentía la respiración pesada de su marido a su lado, pero sus ojos brillaban en el techo, "Es tu culpa, Lili, es tu culpa" susurraba como una letanía; a un costado Nina lloraba; un niño pequeño atravesó la pared, era rubio, casi albino, flequillo sobre los ojos celeste agua, tomaba de la mano a otro un poco más grande, eran Mache y Roberto sentados en un escalón inexistente, miraban la escena desde afuera; en el fondo había una mujer de espaldas, Lili no lograba identificarla, cayó en la desesperación, quería saber quién era pero no lograba incorporarse para verla mejor, la mujer se puso de pie y desapareció. De nada servía cerrar los ojos, la pesadilla continuaba, Manolo tirado en el piso mientras un policía avanzaba hacia él con un arma, "Ahora te toca a vos, hijo de puta", gritaba mientras el arma apuntaba a su cabeza, antes de disparar dirigió su mirada a los ojos de Lili, como posando ante una cámara le dedicó una sonrisa satisfecha, boca ancha de grandes dientes; Manolo no lo miraba, estaba inconsciente. El cuerpo de Lili sufrió una leve contracción y emitió un silbido. Acostado junto a ella Marcelo percibió la tensión aunque ignoraba el ir y venir de personas a su alrededor. Pasó la mano por la cabeza de su mujer intentando calmarla, "Tenés que dormir, Lili, relajate". Las caricias, leves, constantes de Marcelo lograron que los músculos recobraran movimiento.

Consiguió sentarse, los fantasmas habían desaparecido.

Cuando eso ocurría prefería dejar la cama. Moverse por la casa, preparar un café en la enorme cocina y esperar. No era la única en Conesa que vivía las noches más oscuras. La voz de su padre invadía el silencio. Entonces iba hasta su dormitorio y observaba al viejo en transe. Deliraba. Hablaba de Manolo sin respiro. Sentada a su lado le acariciaba la frente, lo dejaba vociferar, horas permanecía tomándole la mano y escuchando sus recuerdos. El tiempo dejaba de existir, eran lapsos inconmensurables, eternidades durante las cuales la mente no paraba, buscaba respuestas pero no conseguía siquiera formular las preguntas. Un pensamiento obsesivo y continuo que no llegaba a tomar cuerpo. Intentaba reconocer el instante exacto en que todo se había ido al diablo. Tuvo miedo de enloquecer. Por primera vez en años rezaba, de manera insensata rogaba a Dios un poco de piedad, no pedía mucho, bastaba que hiciera salir el sol, quería verlo aparecer, sentir que su luz provocara sombras reales. Empezar un nuevo día.

Con las primeras luces lograba ponerse de pie. Preparaba el desayuno para Mache y Roberto, que no pasaban de los diez años. Marcelo se levantaba y con tono suave decía "tenés que descansar, no dormiste en toda la noche". Lili hacía un gesto de fastidio, la sola idea de

descansar le provocaba espanto. Nada mejor que estar de pie y andando. La cama, las paredes, el sueño, no podían traer otra cosa que pesadillas. De día había mucho por hacer.

Pasó esa época entre los delirios propios y los de su padre. Le aconsejaron curas de sueño. Después de dormir de manera compulsiva, abotargada por las pastillas, volvía a sus noches y a sus días.

Un día de mayo de aquel nefasto 1971, Eduardo Massaferró murió. En sólo dos meses Lili perdió a su hijo, fusilado, y a su padre, desesperado por el dolor.

Una vez más no tiene dudas. Mira el grabador y dice: "Mi padre murió de amor. Cuando yo leía en las novelas 'tal murió de amor' me burlaba. Pero él murió de amor por la falta de su nieto. Tal cual. A la semana de morir Manolín enloqueció, yo lo cuidaba de noche, papá decía cosas increíbles en su delirio, lo adoraba, y murió".

## **Dos mundos**

Una semana después de la muerte de Manolo intentó retomar su rutina. Sabía que tenía que entrar en acción. Refrescó su cara con agua helada para quitar los restos de una noche de perros, trató de dar un poco de color a sus

mejillas, resaltó los ojos con rimel y creyó tener, por fin, un rostro humano. Partió hacia el teatro. Trabajaba en la prensa del musical *Hair*. Daniel Tinayre la vio llegar y fue a su encuentro. La besó con dulzura en la frente. "¿Vas a poder trabajar?", susurró en su oído. "Mirá Daniel, yo lo que más necesito en este momento es trabajar. No puedo quedarme quieta, necesito estar activa, volver a mi vida." Se ubicó en los teléfonos y llamó a algunos periodistas de espectáculos para convocarlos a la conferencia de prensa que presentaba la nueva temporada del musical *Hair*. Pasó unas pocas horas allí, tenía que ir a ver a Osvaldo Papaleo a Canal 9. Él trabajaba en el noticiero y había prometido conseguirle las imágenes del noticiero del día del fusilamiento. La reconfortaba poder contar con algunas personas que ayudaban de manera generosa poniendo en riesgo su trabajo, y Papaleo fue uno de ellos. Con las cintas en la mano fue a una reunión con su abogado, Eduardo Luis Duhalde. No podía pensar en otra cosa. Los días pasaban entre su trabajo y la denuncia. La tensión entre dos mundos tan distantes a veces explotaba. Una tarde estaba llegando al ensayo general de *Hair* cuando desde la puerta escuchó gritos. La figura diminuta de Mirtha Legrand, con un vestido rosa perlado, cabellos falsamente rubios, como falso era su maquillaje y falsa su estatura provocada por unas altas plataformas y un

peinado que alargaba quince centímetros su cabeza hacia arriba, daba una idea de falsa muñeca. Cada vez que la veía Lili agradecía haber tomado la decisión de abandonar la actuación y el cine. La sola idea de haber corrido el riesgo de convertirse en esa parodia de mujer la avergonzaba. Los gritos de Mirtha llegaban a la calle. Estaba fuera de sí, la cara desencajada, tiraba todo lo que encontraba a su alcance. Lili entró con disgusto. Apenas la descubrió Mirtha se dirigió a ella con la peor de sus caras y preguntó de manera hiriente: "¿Y ahora qué me vas a decir? ¿Qué pasó? ¡La conferencia fue un fracaso, no vino nadie!" Su voz aguda molestaba como un chirrido, Lili levantó el tono, "Vinieron los principales periodistas, además es el tercer año del espectáculo y no hay demasiado interés en cubrir a estos hippies con cara de idiotas", respondió. "A mí no me vas a gritar así", chilló Mirtha, "Te grito todo lo que se me da la gana, hace unos días murió mi hijo y ahora está por morir mi padre, no tengo ánimo de aguantar esa voz de cacatúa que ponés". Tinayre apareció como un salvador, tomó a Lili de un brazo para apartarla del griterío. "¿Qué hacés acá? Hoy hay un acto de homenaje a tu hijo en la facultad de Filosofía, andate para allá." "Pero... ¿y Mirtha", preguntó ella señalándole a su pequeña y blonda mujer que continuaba enloquecida. "Dejá que de ella me ocupo yo, la voy a poner

en su lugar si dice algo.”

El Aula Magna de la facultad estaba colmada de estudiantes. Le alcanzó con entrar para sentir que no estaba tan sola. De lejos vio a Paco Urondo, que se acercó con la expresión grata de siempre, la tomó por la cintura y le susurró al oído “¿Estás bien para hablar?”. Lili no contestó y subió a la tribuna. Las palabras surgieron sin pensarlas. Brotaban desde su interior con seguridad y vehemencia: “Vengo aquí a hablarles como una madre, una madre que perdió a su hijo pero está orgullosa de él y de Diego. Porque Diego no quiso dejarlo, y lo fusilaron, veintidós tiros tuvieron que tirarle, y después fueron por Manolo, que estaba en el piso, y lo mataron a mansalva... Y sabemos quienes fueron, fueron estos milicos hijos de puta”, grito mientras señalaba con el dedo a un imaginario escuadrón militar. Milicos hijos de puta retumbó en la facultad. Hizo una pausa. Manolo estaba con ella, recordaba sus ganas, sus razones, y lo admiraba más que nunca. La pausa provocada por los aplausos y los gritos le permitieron hilvanar la frase siguiente. “Sabemos también por qué los mataron, los fusilaron porque ellos luchaban por la libertad y la justicia, por eso los acribillaron.” Lili lloraba y no había quien pudiese permanecer indiferente. Sobre el final, y en tono pausado, dijo: “Yo no sé nada de política pero tengo los mismos deseos que ustedes de un

país mejor, aquí vengo como una madre, y como madre quiero hablarles, no se queden solos, hablen con sus viejos, no los dejen de lado, nosotros vamos a estar siempre, los vamos a acompañar, porque la lucha de ustedes es la nuestra. Hasta la victoria siempre”.

Cuando bajó del escenario sintió que una mano, desde atrás, le tapaba los ojos. Dio media vuelta y estaba Pirí frente a ella. “Perdoname, Lili, perdoname, decía mientras la abrazaba”.

La vida de Pirí en los últimos años las había alejado. Convertida en musa de la intelectualidad porteña por su trabajo en la Editorial Jorge Álvarez, recorrió los años sesenta en busca de jóvenes talentos. En su pequeño departamento de la Avenida Rivadavia, en el edificio del Hogar Obrero, coincidieron distintos ámbitos culturales y políticos. Eran apenas cuatro ambientes minúsculos que sufrían del mismo trasformismo que su dueña, un día amanecían con la paredes forradas de papel plateado y a la semana siguiente pintadas de negro, grandes almohadones por el piso, ceniceros en cada rincón, libros y originales apilados por el piso, cortinas coloridas y pesadas con grandes borlas amarillas, vestigios de muebles de la abuela Juana y potus que colgaban de las enormes bibliotecas. La casa del Hogar Obrero era un caleidoscopio de culturas,

encuentro de generaciones, mercado persa de emociones. Pirí reunía en su entorno a escritores noveles como Ricardo Piglia, Manuel Puig o Germán García, con Rodolfo Walsh, León Rozitchner, David Viñas, intelectuales comprometidos y revolucionarios. Recibía con curiosidad a jóvenes roqueros amigos de sus hijos, rebeldes de los sesenta. Roqueros y revolucionarios no tenían demasiado en común y sentían cierto rechazo unos por otros. La rebeldía musical estaba destinada a los padres y su cultura autoritaria. Querían libertad, y eso era mucho en los sesenta. Que los dejaran tocar su música, vestir del modo que quisieran, tener amores sin vigilancia y, en algunos casos, fumarse un porro sin ir presos. No pedían demasiado pero sus recitales solían terminar con decenas de detenidos, los muchachos debían ocultar sus largas cabelleras si no querían dormir en el piso de la comisaría más cercana. Una noche de septiembre de 1968 se juntaron en el departamento del Hogar Obrero los amigos de Alejandro, el hijo de Pirí de la mano diminuta, para festejar sus dieciocho años. Entre ellos estaban Tanguito, un muchacho medio desquiciado que solía repetir que en el baño de la Perla del Once compuso "La balsa", y tres jóvenes que soñaban con ser músicos. Eran Javier Martínez, Claudio Gabis y Alejandro Medina, un trío que se haría llamar Manal. Jorge Álvarez, invitado a la fiesta, los escuchó y

quedó entusiasmado con ese rock con reminiscencias de blues. “¿Quieren grabar un disco?” preguntó al trío que creía vivir una película: en casa de una señora llamada Lugones -apellido que los intimidaba y seducía tanto como sus ojos-, hablando con un hombre que ofrecía grabarles el primer long play. Una vez más, Pirí servía de puente. Nació el sello discográfico Mandioca y Manal entraba a la historia del rock con “Jugo de tomate frío”. El disco se presentó en el teatro Apolo. Pirí se ocupó de que asistieran los popes culturales del momento: Marta Minujín, Germán García, David Viñas y Leopoldo Torre Nilsson. Sobre el final subió al escenario Luis Alberto Spinetta que estaba lanzando el primer larga duración de Almendra, con “Muchacha ojos de papel” y “Ana no duerme”. De los sótanos de la ciudad surgían también Vox Dei y Arco Iris.

Lili no soportaba las nuevas relaciones de Pirí. Encontraba ridículamente patético que viviese rodeada de jovencitos pelilargos que podían ser sus hijos. Peor aún le parecían las historias sexuales que ocasionalmente tenía con alguno de ellos. Veinte años habían pasado desde que Lady Chatterley les revelara la existencia de placeres carnales. Ya eran mujeres de cuarenta, madres de hijos adolescentes, activas e independientes. ¿Por qué entregarse de ese modo a pibes que no sabían dónde estaban parados? ¿Qué les veía? ¿Qué podían darle? A

pesar de su desfachatez trasgresora, Pirí terminaba muchas veces golpeada por la situación. Lili la encontraba patética. Una noche de copas excesivas se dijeron todo lo que pensaban. O pensaron que lo habían dicho. Ninguna de las dos recordaba con claridad esa conversación pero había significado una ruptura definitiva. Para Lili su amiga estaba desvariando, no tenía noción de su edad ni de su condición. Creía que sufría un desequilibrio sentimental, que sucumbía ante disparatadas historias para tapar la soledad. Pirí atinó a defenderse con agresiones, "Estás hecha una burguesa de mierda, creo que ya no entendés nada de la vida, desde que te convertiste en la señora de Laferrere estás irreconocible". Dejaron de verse.

"Perdoname", decía Pirí en el aula magna de Filosofía y Letras dos años después de aquel desencuentro, "perdoname". "Cómo no te voy a perdonar, Pirí, si sos mi amiga de toda la vida."

## **Alejandro**

El teléfono sonaba sin cesar. Con la única mano que le quedaba libre abrió la puerta con torpeza. El gran ramo de rosas que Miguel Brascó le había regalado por su cumpleaños dificultaba sus movimientos. Cruzó corriendo la sala y atendió la llamada con la cartera aún colgando,

las llaves en una mano y las flores en la otra. Era Pirí. Con voz irreconociblemente quebrada decía, "Vení para acá, Lili, por favor", "¿Pero qué te pasa Pirí?", "Vení, por favor, vení ya", "Bueno, pero dónde estás", "Estoy en la morgue del Tigre", "¿Qué pasó?", "Alejandro se mató".

Salió de la casa con las rosas todavía en la mano. Tomó un taxi y le indicó la dirección de la morgue del Tigre. Otra vez el recorrido por calles desconocidas en una noche espesa que la transportaría a un agujero que podía identificarse por un escudo y una bandera en la puerta. Eso era la muerte. Ese escudo y esa bandera, con un hombre uniformado en la puerta eran la imagen de la muerte. El coche avanzaba y Lili no lograba reaccionar. Sabía que era una locura. Que no podía estar sucediendo eso. Era imposible imaginar que Pirí estuviera en la misma morgue donde meses atrás había atravesado ella idéntica situación: reconocer a un hijo muerto. ¿Quién podría urdir trama tan grotesca? Permaneció en blanco todo el viaje. No entendía qué estaba pasando. Por teléfono no había pedido explicaciones ni detalles. "Voy para allá", dijo, y salió. El taxi subió por Avenida Libertador. Lili miraba por la ventanilla y todo se le antojaba una película. Veía las luces que comenzaban a alumbrar elegantes bares y boutiques. Grupos de amigos que reían en las mesas de los bares. Una mujer que esperaba en una esquina, parecía

nerviosa y excitada, estiraba hacia abajo un vestido extremadamente corto que contrastaba con unas botas altas hasta las rodillas. El taxi se detuvo frente a esa joven y Lili permaneció unos segundos observándola. Adivinó sus ansias y su alegría y la odió. Odió las familias que pasaban rumbo al cine y al mismo taxista que rumiaba frases sin sentido sobre las bondades de una noche veraniega. ¿Qué hacían todos con expresión boba andando por la ciudad? ¿No sabían que el mundo caía sin remedio, que estaba hecho pedazos, que todo había perdido sentido? Una distancia feroz la separaba de ellos, no podía imaginarse parte de esa ciudad anodina, indiferente y extraña.

Llegó a la comisaría. Luz mortecina, azulejos bicolor, un mostrador de madera oscura con un policía detrás y en el fondo una mesita con una Remington. “¿Qué desea, señora?”, preguntó el primer uniformado. Lili lo miró con asco. Mencionar la palabra deseo sonaba a insulto en ese lugar, si algo no era digno de deseo era estar allí, nadie podía desear ir a aquel edificio nefasto. “Vengo a acompañar a una amiga, Susana Lugones”, dijo. Pirí la escuchó y se abalanzó sobre ella, no paraba de llorar, nunca la había visto así. Caminaron por un largo y sinuoso pasillo, entraron a una habitación fría, sobre un mármol estaba tendido Alejandro, parecía pequeño, un brazo caía inerte al costado del cuerpo mientras el otro, el pequeño,

permanecía encogido sobre su cuerpo. No dijeron nada. Lili dejó sus rosas sobre Alejandro y arrastró a Pirí hacia el pasillo. "Nos vamos, lo enterramos mañana." Pirí permanecía inmóvil. Por un momento dejó de ser Pirí. Estaban solas. O, al menos, Lili creía que estaban solas. Nadie existía fuera de ellas. Ni Carlos Collarini, la nueva pareja de Pirí, ni Rodolfo Walsh y Lilia Ferreyra que iban y venían a la comisaría y se hacían cargo de los trámites burocráticos. Tomaron un café en un bar cercano, necesitaban hablarse, confundirse, sólo ellas podían comprender la culpa y el dolor. Era frente a Lili que Pirí podía mostrarse desvalida, arruinada por la pena. "Fue mi culpa, Lili, fue mi culpa." Sí Pirí, fue tu culpa, qué le vas a hacer, nadie sabe cómo se darán las cosas, llorá, llorá todo ahora, no podés seguir con esto toda la vida. Había sido un error, cómo pudo dejar ir a su hijo al Tigre. Alejandro estaba mal, supo de la muerte de Manolo en Perú, eran casi como hermanos, y uno caía asesinado mientras el otro probaba las drogas del momento. Cuando supo lo de Manolo, Alejandro volvió a la Argentina y cayó en un pozo depresivo. "Este chico tiene que desintoxicarse, es mejor un lugar tranquilo", dijo el médico. "Vení al campo", dijo Lili. "Ahí hacés lo que querés, plantás verduras, tenés gallinas, nosotros vamos los fines de semana, te va a encantar." "No, el campo no, andate al Tigre", sugirió Pirí.

Solo, en la pequeña casa a orillas del río, únicamente los faroles lo acompañaban por las noches. Pasaba horas en el muelle medio derrumbado adivinando el ir y venir de las lanchas, mirando el lento vaivén del río, nadie iba a visitarlo, apenas Jorge Álvarez pasaba por ahí cada tanto. “Lo dejé solo en el Tigre, Lili, vos tenías razón.” Lili la abrazó, dejó que su cabeza cayera pesada sobre su hombro, “Dejate de joder con todo eso”, dijo mientras pensaba que sí, que tenía razón, que lo había abandonado. ¿Cómo pudo dejarlo en el Tigre? Un lugar donde todavía sobrevolaba el fantasma de don Leopoldo Lugones.

El 19 de febrero de 1938 Leopoldo Lugones eligió su mejor traje y se dirigió a los muelles del Tigre. A las cuatro de la tarde tomó una lancha colectivo que lo llevaría al recreo El Tropezón. El calor era agobiante y la humedad taladraba los huesos. Durante la hora que duró el trayecto reconstruyó algunos momentos de su vida. Parecía calmo mientras observaba el sucederse de arroyos y riachos y seguía con la mirada el vuelo lento de las garzas. El río se tornaba bellamente poético, muchas veces había recorrido esos mismos paisajes y ninguna le resultó igual a la anterior; allí donde se distinguían sólo unos juncos con un trasfondo seco y deslucido se levantaba ahora una vegetación cerrada que semejaba una selva virgen; aquel

manto quieto por el que había navegado alguna vez serenamente era ahora un torrente cubierto de camalotes que aparentaban una miríada de islotes a la deriva; todo cambiaba con el correr de las estaciones, o la altura de las aguas, o la fuerza misma de la corriente. Movimiento permanente, transformismo, búsqueda. El ser en estado puro. Sólo algunas pocas casas le permitían asegurar que ya había pasado alguna vez por aquel rincón. Era en el Delta donde intuía que se revelaban la fugacidad de la existencia, la voluptuosidad de los sentidos, la finitud de lo infinito. En el cansino fluir del río solía encontrar el mayor sosiego. Cruzó el Paraná-Guazú y desembarcó en la casona a la que solía recurrir cuando quería gozar un poco de paz: recreo El Tropezón. No siempre fue solo allí, muchas veces lo acompañó una joven mujer con quien pasó algunos de los momentos más hermosos de su vida. Lugones amaba el Tigre. Compartía aquella pasión por ese paisaje agreste, donde se condensaba toda la fuerza y la armonía de la naturaleza, con su amigo Horacio Quiroga. Llegó a destino poco después de las cinco de la tarde. Contempló el atardecer desde la balconada de la casa. Como siempre cenó la buena comida que allí servían, se retiró a su habitación, pidió un whisky y solicitó que lo despertaran temprano. Nadie respondió a la puerta cuando la patrona

del parador llamó a la mañana siguiente. Había tomado su último whisky con cianuro.

Treinta y tres años habían pasado y los ríos y las corrientes y la vida continuaban su curso. No podía imaginar Pirí que todo terminaría así. Ella amaba el Tigre. Había vivido allí los mejores momentos de su vida. Walsh, al igual que el viejo Lugones, encontraba en el río una vibración vital imprescindible. Pirí logró convertirse en su pareja cuando se separó de Poupé. Compartió con él largos períodos en el Delta. Él pescaba, jugaba al ajedrez, mantenía diálogos apaciguados con los isleños, recibían a amigos con quienes indagaban las razones de la existencia y soñaban con la revolución en marcha mientras devoraban exquisitas bogas asadas. ¿Cómo podía imaginar que aquel paisaje se convertiría en una tortura? La imagen de Alejandro buscando una soga, eligiendo el árbol para que pudieran ver su cuerpo inerte desde la lancha colectivo que pasaba cada mañana a la siete y advertir a su familia, demostrar que no era un discapacitado, morir gracias al trabajo y la eficacia de su brazo. Lili tampoco podía aguantarlo. Permanecieron una hora en aquel bar, sin miradas que pudieran juzgar su debilidad. Luego vinieron otros, Collarini, Rodolfo, Lilia, quien sabe quién más, y les

dijeron que era hora de ir a casa. Secaron las lágrimas, odiaban que notaran sus fisuras.

Pasaron la noche en la casa del Hogar Obrero. Hasta allí peregrinaron los amigos más cercanos, que eran muchos. Iban llegando y participaban de un insólito velorio sin cuerpo. Sentados en sillas, sillones o en el piso, con una botella de whisky y varias tazas de café, mientras Pirí revolvía los papeles de Alejandro. Encontró sus cuadernos, buscaba una respuesta. Durante el rato en que Pirí salió a abrazarse con Chiquita y le contaba lo que había sucedido, Lili leía en un rincón el diario de Alejandro. También ella buscaba, y encontró dos páginas dedicadas a Manolo. Cerró el diario y decidió volver a su casa. El departamentito de Pirí seguía lleno de gente. Nadie sabe si pasaron allí un día o dos hasta que Carlos, Rodolfo y Lilia decidieron sacar a Pirí de la ensoñación de la muerte y tomar el primer ómnibus a la playa.

Los diarios de Alejandro quedaron en manos de Rodolfo Walsh. Chiquita quedó a cargo de la casa que Pirí tenía en el Tigre, al lado de la de Rodolfo sobre el río Carapachay, una casa conocida como la de la bañadera en el jardín, con un gran jazmín y dos hortensias. Pirí no quiso volver allí, odiaba esos ríos y todas sus muertes.



## **Capítulo 8**

### **Renacimiento**

#### **Paco**

Fue una noche de diciembre de 1971. Lili estaba parada en la esquina de Avenida de Mayo y San José, mirando a un lado y a otro sin decidir hacia dónde ir cuando vio que la portentosa cabeza de Paco sobresalía por la ventanilla de un Fiat 600. “¿Qué hacés ahí, Lili, me estabas esperando? Vení, tenés cara de necesitar una buena comida”, gritó mientras estacionaba el auto. Lili agradeció la aparición. Un aire cálido y dulzón perfumaba la ciudad. Paco en mangas de camisa, sin corbata ni saco, pelo rebelde sobre sus anchas entradas, jubilosos ojos melancólicos. Le dio un beso y preguntó: “¿Comida española o un buen bife con papas fritas? Comida española. Vamos al Globo que está acá nomás. Lili ni lo pensó. Cualquier cosa era mejor que volver a casa. Conesa era nuevamente Conesa: aire enrarecido, discusiones, abulia.

Abandonaron el fitito y caminaron unas cuadras hacia el Bajo. Al pasar por la puerta del café Los 36 billares Paco

le preguntó si prefería tomar antes un café. Junto a la ventana podía verse a un muchacho con la cara boba de los Beatles antes de gritar yeah yeah yeah, barba desgreñada y borceguíes dignos de una expedición al monte que leía un libro de filosofía y soñaba con la revolución; más atrás cuatro hombres maduros, en el límite de la zona de billares, jugaban aparatosamente al truco, como siempre a esa hora, desde hacía años; a su lado dos viejos parecían en otro mundo, los ojos fijos en la mesa-tablero de ajedrez; el resto era una variedad de clientes que picoteaban alegres los ingredientes que acompañaban la cerveza; el ambiente era eufórico, aunque con un dejo de melancolía provocada por las luces mortecinas de neón, y ese repetirse sin razón de ciertos ritos. "Sigamos andando", respondió Lili.

Unos metros más allá del café-billares, una librería mantenía abiertas sus puertas a pesar de la hora. Sobre tablas y caballetes, pilas de libros de toda época despertaban la curiosidad de cualquiera que posase sus ojos: *Todo para su jardín*, *Las cien recetas de la abuela*, *La divina comedia*, *Cómo educar a los jóvenes*, *La historia de Forja y Martín Fierro* eran algunas de las tapas más vistosas. Paco recorrió sus anaqueles mientras Lili optaba por disolverse en el soplo dulzón de la vereda. Levantó la vista hacia el fondo de la avenida donde la verde cúpula

del Congreso se erguía orgullosa. Desde esa perspectiva el edificio parecía más grande y ocupaba el horizonte todo. Era un monumento a la inutilidad. Habían pasado ya cinco años sin que nadie sentara su trasero en las bancas. Su mirada recorrió uno a uno los altillos que se elevaban misteriosos en un paisaje decadente y fértil. Avenida de Mayo conservaba su espíritu madrileño, permanecían intactos los cafés donde décadas atrás habían discutido republicanos y franquistas.

Lili seguía aturdida después de horas de reunión con familiares de víctimas de la represión. Era difícil convivir con una multitud de personas satisfechas que, como ella, se dejaban arrastrar por la brisa fresca que aliviaba el ánimo en una jornada bochornosa. Buenos Aires ofrecía generosas veredas, todos habían elegido vagar por sus calles: muchachas en busca de aventuras, con minifaldas o hot pants; oficinistas de portafolio, largas patillas, corbatas de nudo ancho y abierto, sacos desabrochados; familias con helado en mano; chicos que vendían rosas y el canillita de la esquina que gritaba sus títulos.

El universo estaba por caer en un vertedero. Un gigantesco desagüe universal amenazaba con deglutirlos, la sangre corría por las calles, salpicaba a la humanidad, pero todos permanecían extasiados en las calles porteñas.

Paco salió con un libro en las manos, había encontrado una edición en idioma original de *El hombre que fue jueves* de Chesterton. Acarició las tapas del libro y le contó con detalle su contenido hasta que llegaron al restaurante. Eligieron la última mesa sobre la ventana. Pulpo a la española y rabas fritas para compartir. Se conocían de toda la vida. Para ella Paco no era "Paco Urondo, prestigioso poeta y periodista". Ante sus ojos no había dejado de ser el joven provinciano y eufórico que conoció en la facultad y con quien había compartido almuerzos en lo de Trejo, cenas en su casa de San Telmo cuando todavía vivía con Zulema Katz, cines-debate, historias de Pirí y encuentros fortuitos en distintas reuniones y algún trabajo olvidable. Paco sabía reír de todo: amaba comer bien, tomar buen vino tinto, escribir poemas y compartir charlas hasta que saliera el sol. Aspecto de bohemio leñador, cuerpo robusto, rasgos fuertes, una quijada dura y pronunciada que contrastaba con una actitud siempre dispuesta al juego. Le gustaban los bigotes decididos al igual que los gestos decididos. En mayo había empezado a trabajar en el nuevo diario La Opinión. Juan Gelman era el jefe de Cultura y no dudó en llamarlo para que colaborara en la sección. El diario se había convertido en comidilla obligada de toda la intelectualidad porteña. Las desopilantes crónicas políticas

de Enrique Raab, la prosa inconfundible de Tomás Eloy Martínez, las investigaciones de Horacio Verbitsky, la precisión de José María Pasquini Durán y los hermanos Algañaraz. Un equipo de redactores de primera como Rodolfo Walsh, Nicolás Casullo, Mabel Itzcovitch, Miguel Briante, Osvaldo Soriano, Silvia Rudni y tantos otros, lo convertían en un fenómeno raro e imprescindible. “Hay que reconocerle a ‘la rosita de Kiev’ que le salió un buen producto”, dijo Paco refiriéndose a Jacobo Timerman, su director, mientras masticaba lentamente un pulpo envuelto en aceite de oliva y pimentón, y llenaba una y otra vez las copas.

Era un buen momento para Paco. Daniel Divinsky le había ofrecido publicar una antología de su obra poética. Además estaba poniéndole punto final a su última novela, *Los pasos previos*. Sus personajes todavía lo perseguían: Marcos, Mateo, Ega, directores de teatro independiente, actrices temperamentales y escritores clandestinos sumergidos en una realidad de luchas, fusilamientos y proclamas, en permanente tensión entre la revolución y la fuga. Una trama de secuestros, persecuciones por fantásticos esteros, viajes a Cuba, Europa y Argelia. No hablaron de ellos aquella noche. Paco le contó con lujo de detalles un encuentro con Silvia Rudni en el noveno piso de la redacción, detrás del carrito que vendía medialunas.

Lili no escuchó más. Miraba sus gestos, el brillo de los ojos que espiaban de manera furtiva a los costado en busca de quién sabe qué sorpresas. Unas marcadas ojeras impedían reconocer si su expresión serena se debía al cansancio o a una íntima satisfacción. Todo en él era inquietante. Comía de manera voraz pero con lentitud, degustaba cada bocado acompañándolo con un sorbo lento y purificador de vino. Su presencia era simultáneamente tranquilizadora e irritante. Lili envidiaba su gesto seguro y la risa siempre contenida. Estaba cansada y detestaba escuchar su anécdota de oficina. Paco comprendió su molestia. Luego de un momento de silencio limpió sus labios brillantes de oliva con una servilleta y preguntó: “¿cómo estás Lili?”

Quizás fue efecto del alcohol, de la jornada agotadora o del fastidio, pero Lili contestó con desgano: “¿Querés saber cómo estoy? Estoy podrida, me parece que somos unos viejos al pedo que no hacemos nada más que hablar”. Paco hizo un gesto de prudencia, “Hablá por vos”, dijo y sonrió. La encontraba más linda que nunca. Los años y los golpes habían fortalecido sus rasgos, era difícil escucharla sin estremecer. Sus caderas ahora eran firmes, la postura fiera, los pómulos duros, el andar seguro. Bastaba que sus ojos se encendieran -y esa noche estaba lo suficientemente furiosa- para tomar su mano y partir

con ella hasta donde el cuerpo aguantara. Hizo un silencio y finalmente agregó: "Calma, Lili, cada cual hace lo que puede, vos estás aportando mucho con tus denuncias, yo escribo, hay mucha gente que lucha, cada cual en su trinchera, las cosas van a cambiar, pero ahora tomemos un jerez y brindemos por la próxima victoria". Chocaron las copas y luego Paco apoyó sobre la mesa un papel que decía: "Aquí estoy perdiendo amigos, buscando/ viejos compañeros de armas, ganándome tardíamente/ la vida, queriendo respirar/ trozos de esperanzas, bocanadas de aliento; salir/ volando para no hacer agua, para ver toda la tierra y caer en sus brazos". Lili ni siquiera lo miró. "Dejate de joder, Paco, no me vengás con poesías ahora. Te estoy diciendo que los están cagando a tiros, están matando a nuestros pibes, ellos están cayendo por los ideales que nosotros sostuvimos toda la vida, nosotros ya estamos grandes y ahora comemos pulpo y hablamos de la revolución, pero estamos demasiado tranquilos, ¿no?"

Paco la observaba con esa mirada vaga de poeta: concentrada y difusa. Absorbía cada detalle, traspasaba los gestos, desoía sus palabras y anclaba la atención en algún punto indefinible. Lili hablaba de muertes, de catástrofes, de un período oscuro y tenebroso, y él la veía brillar, desparramar luz, sentía sus vibraciones, oía el caudal de su sangre recorrer agitado su cuerpo. Lili

hablaba de muertes, y él sentía la vida empujando, provocando un desborde, un dique hecho trizas y una corriente fuerte y tenaz que salpicaba todo a su alrededor. Lili hablaba de muertes y él sentía la vida.

“¿Me estás escuchando, Paco?” Él tomó otra copa de jerez para animarse a la confesión. “Mirá, te voy a decir una cosa que quizás te tranquilice y quizás no, pero bueno, creo que debés saberlo.” Lili contuvo la tentación de darle una bofetada, ponerlo en su sitio, hacerle entender que el dolor no se mitiga con poesía, que sus palabras sonaban a trampa, a coartada, a culpa. Quería irse. Volver a su casa de una vez por todas y terminar con esa noche infausta, cuando lo escuchó decir “Yo no sólo escribo poesías, también milito en las FAR”.

Quedó muda. Los ojos de Paco ahora destellaban al ver las transformaciones en la cara de Lili. “¿Me estás cargando?”, atinó a preguntar ella. Entonces Paco acercó su rostro a su rostro incrédulo: “¿No me creés?”. Lili largó un puteada y en voz alta dijo “¡Así que ahora resulta que sos un guerrillero!” “Callate, loca, que hay gente.” Pagó y partieron.

Caminaron hasta Corrientes. Necesitaban un café y un whisky. Lili estaba repentinamente eufórica, Paco decididamente borracho le dijo al oído: “¿Y sabías que Pirí está en las FAP, igual que Rodolfo?” “¡Pirí también!, por

favor”, reía al imaginar la sofisticada imagen de la Lugones en medio de la batalla. Lili convertida súbitamente en Alicia en el jardín encantado. Era eso que no la dejaba dormir, ni respirar, ni pensar. Sabía que algo había detrás de tantos gestos inútiles y detrás de la niebla aparecieron ellos. Había encontrado la clave para descorrer la piedra que obstruía la salida. Paco repentinamente transformado en el genio de la botella, un nuevo mundo se abría ante sí, llevaba meses buscando, sabía que existía pero no encontraba las puertas. Ahora descubría que algunos de sus mejores amigos habían cruzado el umbral. Llegaron al Politeama y pidieron whisky. Lili arrastraba la voz. “¡Si ellos supieran que son gente como ustedes, cretinos, los que arman tanto quilombo!”

Pocos sabían que Paco formaba parte de un grupo armado. Algunos lo imaginaban pero era algo de lo que no se hablaba. El lenguaje había adquirido códigos nuevos. Era el país del “todos sabemos que todos sabemos”: caldera de rumores, versiones, sobreentendidos y silencios. Los diarios funcionaban como meros artificios, nadie leía lo que decían. Un nuevo deporte nacional había nacido: leer entre líneas, interpretar las palabras no dichas, el lenguaje había enloquecido. Una conferencia de prensa era un “secuestro”: “¿Te podemos secuestrar

mañana a las cuatro?”, preguntaba un emisario del ERP a un periodista. Eso significaba que lo levantarían en una esquina, vendarían sus ojos y lo llevarían al lugar de la conferencia de prensa, ambos se conocían, secuestrados y secuestradores, compartían cenas y reuniones sociales pero había que disimular. Todos, de una forma u otra, habían adquirido el hábito de los conspiradores.

En 1967 Paco Urondo viajó por primera vez a Cuba para participar del Encuentro Rubén Darío. Luego pasaría varias temporadas en la isla intercambiando ideas y pareceres con escritores reconocidos como Mario Benedetti, Julio Cortázar, Alberto Fernández Retamar o Roque Dalton. Desde entonces comenzó a apoyar activamente diversas acciones en favor de la revolución, firmaba solicitudes, escribía artículos, garrapateaba poemas, organizaba encuentros. Después de su viaje a Cuba Paco ya no fue el mismo. La imagen de una revolución, palpable, real, concreta, encapsuló su escepticismo y le permitió imaginar otro mundo posible. En 1968 conoció a Carlos Olmedo cuando estaba organizando la célula fundadora las FAR. Quedó deslumbrado con su cultura, sus ideas y su capacidad de acción. Hijo de una humilde pareja paraguaya, Olmedo había egresado del Nacional Buenos Aires. Luego, como preceptor del colegio, reunía a grupos de jóvenes

estudiantes que escuchaban admirados sus palabras. Filósofo y combatiente. Horas podía pasar Paco conversando con él, recorriendo los grandes clásicos de la literatura, el mundo según Balzac, la fuerza de Nietzsche, la pintura de Rubens y la guerra de guerrillas del Che. Y no hablaban por hablar. Nadie dudaba que había llegado la hora de abandonar los discursos y pasar a la acción. El 26 de junio del '69 las FAR organizaron su primer operativo sincronizado: quemaron más de diez supermercados Mínimax en protesta por la visita al país de David Rockefeller. La hija mayor de Paco, Claudia, ya militaba en sus filas. Paco rondaba los cuarenta y por primera vez en muchos años volvía a sentir los mismos bríos, las mismas ganas de salir a comerse el mundo como cuando recorría los pueblos con una pequeña compañía de teatro. Agradecía a su hija el empuje y las ganas recobradas. En 1970 ya era un militante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. El 30 de julio de ese año las FAR tomaron la localidad de Garín. En esa acción participaron varios jóvenes estudiantes, entre ellos Claudia Urondo y Adelaida Viñas, hija de David Viñas y Adelaida Gigli. Paco, entonces, entrevistó a Olmedo. La entrevista se convirtió en el primer comunicado público de las FAR en el que proclamaban la lucha armada como "única salida por los largos años de violencia oligárquica"

y recordaban "la sangre que corrió en Plaza de Mayo en junio del '55, los fusilamientos de Valle y sus compañeros en junio del '56, los tanques en la calle burlando una vez más la voluntad popular en marzo del '62, las torturas y los asesinatos de Vallese, Pampillón, Jáuregui, Baldú, Maza y tantos otros héroes y mártires del pueblo". El 3 de noviembre de 1971, a los veintiocho años, Carlos Olmedo murió combatiendo contra la policía mientras comandaba el operativo de secuestro de un dirigente de la Fiat, Lucchino Revelli-Beaumont.

Paco y Lili se encontraron apenas unos días después de la muerte de Olmedo. Terminaron la noche sentados en un banco del Obelisco cantando tangos. "Esa puerta se abrió para su paso", canturreaba Lili, y como contrapunto Paco la miraba y con voz profunda replicó: "No habrá ninguna igual, no habrá ninguna...". "Quiero entrar a las FAR", interrumpió Lili. "Pará Lili, las cosas no son así, si querés podés colaborar". Lo miró con ferocidad. "Mirá, hijo de puta: me estuviste mintiendo hasta hoy, ocultándome la verdad, sabías que estaba desesperada, que necesitaba de los compañeros y no me dijiste nada. Si ahora se te ocurre insinuar que no tengo capacidad para militar, la patada en los huevos que te doy te la vas a acordar para toda la vida."

Los encuentros con Paco se sucedieron en el verano del 72. Lili prestó el campo de Laferrere para prácticas de tiro. Logró la confianza de los compañeros de las FAR y consiguió una cita para una primera reunión. Fue en un conventillo. Había cuatro chicos que no tendrían más de veinticinco años, encerrados en una habitación llena de humo. La recibieron como la madre de Manolo, un combatiente caído, que decidía unirse a la lucha. Una señora de cuarenta y cinco años. Lili les cayó bien enseguida, imaginaban encontrar a una mujer recatada y destruida en el dolor, pero su modo de decir las cosas de frente, con alegría y desenfado, los sedujo. Organizaron una pintada, Lili iría de campana. Para pintar un muro con consignas revolucionarias había que hacer un pequeño operativo militar. Estudiar las esquinas, ver los movimientos de la cuadra, colocar *campanas* en las esquinas, compañeros que debían avisar sobre cualquier movimiento sospechoso, y finalmente pasar por una cita "control" que sirviese para avisar que todo había transcurrido sin ningún detenido ni muerto.

Parada en la noche, mirando con atención a su alrededor, lista para prender el encendedor en caso de ver algo sospechoso Lili era por primera vez *campana* de una pintada; sabía lo que tenía que decir si la policía la interrogaba, tenía un *minuto* preparado, una historia para

justificar su presencia allí. Después el control y el festejo por el éxito de la pequeña operación. Siguieron algunos operativos menores, bombas de estruendo, tareas de infraestructura: búsqueda de lugares de reunión o de materiales necesarios para un operativo. Aprendió rápidamente un vocabulario revolucionario: tabique, minuto, control, cumpa, cuadro, infraestructura, táctica, estrategia. Incorporó, además, un nuevo nombre: Pepa. Había que mantener las medidas de seguridad y no era posible militar en un barrio a identidad descubierta. Una muchacha joven con aspecto de universitaria la presentó en el barrio, una barriada popular cerca de Burzaco: "Ella es la Pepa, una nueva compañera que trabajará con nosotros".

Manolín había hecho algo mágico con ella. Le había regalado la vida, la había potenciado. El recuerdo de Manolo ya no fue doloroso sino exaltado. No veía más muerte en él sino fuerza, coraje, vida. Lili volvió a sentirse liviana. Flotó por Burzaco, navegó por Avellaneda. Perdía amigos pero encontraba viejos compañeros de armas, se ganaba tardíamente la vida, quería respirar trozos de esperanzas, bocanadas de aliento, salir volando para no hacer agua, para ver toda la tierra y caer en sus brazos.

“La pura verdad”. Paco Urondo: “Si ustedes lo permiten,/ prefiero seguir viviendo./ Después de todo y de pensarlo bien, no tengo/ motivos para quejarme o protestar:/ siempre he vivido en la gloria: nada/ importante me ha faltado./ Es cierto que nunca quise imposibles; enamorado/ de las cosas de este mundo con inconsciencia y dolor y miedo y apremio./ Muy de cerca he conocido la imperdonable alegría; tuve/ sueños espantosos y buenos amores, ligeros y culpables?./ Me avergüenza verme cubierto de pretensiones; una/ gallina torpe,/ melancólica, débil, poco interesante,/ un abanico de plumas que el viento desprecia, caminito que el tiempo ha borrado./ Los impulsos mordieron mi juventud y ahora, sin darme cuenta, voy iniciando/ una madurez equilibrada, capaz de enloquecer a cualquiera o aburrir de golpe./ Mis errores han sido olvidados definitivamente; mi memoria ha muerto y se queja/ con otros dioses varados en el sueño y los malos sentimientos./ El percedero, el sucio, el futuro, supo acobardarme, pero lo he derrotado/ para siempre; sé que futuro y memoria se vengarán algún día./ Pasaré desapercibido, con falsa humildad, como la cenicienta, aunque algunos/ me recuerden con cariño o descubran mi zapatito y también vayan muriendo./ No descarto la posibilidad/ de la fama y del dinero; las bajas pasiones y la inclemencia./ La crueldad no me asusta y

siempre viví deslumbrado/ por el puro alcohol, el libro bien escrito, la carne perfecta./ Suelo confiar en mis fuerzas y en mi salud/ y en mi destino y en la buena suerte: sé que llegaré a ver la revolución, el salto temido/ y acariciado, golpeando a la puerta de nuestra desidia./ Estoy seguro de llegar a vivir en el corazón de una palabra; compartir este calor, esta fatalidad que quieta no sirve y se corrompe./ Puedo hablar y escuchar la luz/ y el color de la piel amada y enemiga y cercana./ Tocar el sueño y la impureza,/ nacer con cada temblor gastado en la huida./ Tropiezos heridos de muerte;/ esperanza y dolor y cansancio y ganas./ Estar hablando, sostener/ esta victoria, este puño; saludar, despedirme./ Sin jactancias puedo decir/ que la vida es lo mejor que conozco”.

## **El Adiós**

Lili volvía por las noches a Conesa después de horas de reuniones para organizar actividades en el barrio. El viaje en tren era la única transición entre un mundo y otro, dejaba de ser la Pepa para volver a convertirse en la señora de Laferrere. En casa no había forma de romper el silencio. Marcelo no podía entender sus nuevas actividades, comprendía el dolor y la bronca pero la veía desabarrancar, no tenía dudas, la muerte de Manolo la había vuelto loca. De manera insospechada Lili convertía

la política y la lucha en el centro de su atención. Dejó de trabajar con Romay y se puso a vender publicidad para un proyecto de revista revolucionario: Nuevo Hombre. Sus relaciones laborales y sus amigos habían cambiado radicalmente, ahora trabajaba con Jarito Walker, Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, Alicia Eguren, Pepe Eliashev y pasaba horas rodeada de militantes, subiendo a distintas tribunas para denunciar la represión con un discurso cada día más decidido. Con voz ronca y convincente decía "Las madres de los combatientes convertimos las lágrimas en bronca, la bronca en grito. Es la paradoja de los asesinados, por cada uno de ellos que cae muchos siguen su lucha. La sangre derramada no será negociada, no son meras palabras, es una realidad. Pongo mis flores en homenaje a todos los combatientes. No sólo por Manolo y por Diego, también por Maestro, Abal Medina, Ramus, Baldú, porque no sólo tienen que estar unidos cuando caen sino también cuando luchan". Con esas palabras recorría facultades y barriadas populares. Marcelo seguía su transformación y la veía alejarse. El país entero hablaba de las próximas elecciones, los partidos políticos elegían sus candidatos mientras las organizaciones armadas mantenían el asedio al gobierno militar y disputaban protagonismo con bombas, actos relámpago, copamientos a comisarías, asaltos a armerías,

secuestros a empresarios, muerte a militares, distribución de alimentos en villas miseria, sabotajes. Los obreros se alzaban en huelgas en distintos rincones del país enfrentando con igual rabia a las patotas de la dirigencia sindical oficialista y al poder de capitalistas y policías. Marcelo era un liberal y todo se le antojaba irracional e irresponsable. Las discusiones entre Lili y Marcelo eran cada vez más agresivas. Ella prefería evitarlo, no había diálogo posible, ni con Marcelo, ni con sus cuñadas y menos aún con su prima Adela, a quien tenía de vecina en la mansión Massafarro. El pequeño mundo que había construido a lo largo de diez años caía sin reparo o, lo que era peor, permanecía, pero transformado en trampa. Miraba su vida como si perteneciera a otra. De otra era esa familia, esos muros, esos recuerdos. Todo su entorno le resultaba extraño. Nada más aburrido que escuchar hablar de intrigas del espectáculo, de alta política, de recetas caseras, estrenos, viajes por Europa o de la desazón de Victoria Ocampo por el cierre de la revista Sur.

Una mañana Lili le comunicó a Marcelo que empezaría a militar en un grupo similar al de Manolo y le advirtió que en caso de que comprendiera que estaba poniendo en peligro la vida de sus hijos y de su marido, dejaría la casa. "Vos podés hacer lo que quieras, Lili. Militá en el

grupo que quieras, colaborá, pero a nosotros no nos dejás, ésta es tu familia." En el 72 Lili iniciaba su contacto con las FAR. No se trataba de una simple opción. Era lo que *tenía* que hacer, no podía prestar atención a otra cosa. Lo reclamaba su cuerpo, sólo cuando estaba con los compañeros volvía a sentirse persona, recuperaba las ganas de reír, de hacer, de vivir. Una vez más entendió que había llegado la hora de actuar, no podía dejarse arrastrar por el peso de la familia. Marcelo le resultaba entrañable, pero ya nada tenía que hacer a su lado, recorrían caminos que irremediabilmente se habían bifurcado. Debía dar vuelta la página, iniciar otra historia, dejar atrás todo lo que obstruyera su deseo.

Nada pudo hacer Marcelo para retenerla. Una noche, cuando Mache y Roberto ya estaban dormidos, Lili sirvió dos medidas de whisky y las llevó al living. Marcelo se sentó en un sillón y ella frente a él. Su mirada era de hielo. "Me voy, Marcelo, es lo más lógico. Los tiempos están difíciles y se vienen cosas peores, no voy a permitir que ningún milico hijo de puta venga a casa a buscarme y les haga mal, voy a decir ante cualquiera que ya nada tenemos que ver, sé que no es fácil, ni para vos, ni para mí, ni para los chicos, pero es lo más sensato que podemos hacer."

Suponía que no iba a tener la fuerza suficiente para pronunciar esas palabras, pero una vez dichas no había vuelta atrás, y Marcelo lo sabía. Él permaneció unos segundos en silencio, era más Lili que nunca, había recuperado toda su juventud, volvía a llevarse la vida por delante, reaccionaba de manera irracional ante cada estímulo. Él había superado los sesenta, el cuerpo comenzaba a pesarle y el mundo enloquecía de golpe. No tuvo fuerzas para oponerse. "Los chicos quedan conmigo", dijo, "y sólo yo seré responsable de sus vidas, no me interesa nada de lo que hagas, no quiero saberlo, estás loca y no voy a permitir que nos arrastres en tu locura."

Había pasado lo peor. Sirvió otro whisky y permaneció rígida en el sillón. Marcelo sintió odio por primera vez en su vida, una rabia profunda, ganas de pegarle, o quizás gritar, saltar sobre ella, recordarle lo que habían hecho juntos y lo que podrían hacer, pero comprendió que sería inútil. La dejó sola, no quería verla más, nunca más en la vida, nadie lo había humillado tanto.

Lili siguió inmóvil largo tiempo. No sabía muy bien qué había ocurrido ni qué le tocaba hacer ahora. Era consciente de que dejaba todo, pero todo lo que dejaba era ceniza. Lo demás, la vida acumulada, los afectos contruidos partirían con ella, como siempre. Puso un poco de ropa en un bolso y se fue.

“Fue tremendo, un desgarrón” dice Lili al recordar. No tenía una idea cierta de lo que estaba haciendo. ¿Por cuánto tiempo se iría? ¿Cómo haría con los chicos? No pensó. Solo sabía que debía seguir su camino. Hoy, a veintisiete años de aquella partida, pregunta: “Para mí fue amputarse un poco, ¿no?”

Es Roberto quien responde. Tiene algo más de treinta años y hace veinte que vive en España, parece un madrileño en Buenos Aires. Lo encuentro en la casa de Conesa junto a su hermana, Liliana, a su cuñado Carlos y sus dos sobrinas. Un almuerzo de domingo familiar al que me incorporo para traer el pasado a la memoria. “A nosotros nadie nos explicó nada. Hubo una temporada en la que mamá venía por las mañanas, nos preparaba el desayuno y nos llevaba al colegio. Después dejó de venir a casa. Nadie dijo nada, pero todos sabíamos perfectamente lo que estaba pasando.” Roberto tenía apenas ocho años cuando su vida cobró un vuelco irremediable. Hasta entonces vivía en una casa repleta de amigos y junto a su hermano espiaban por la ventana cuando empezaba a llegar gente a casa. Sus padres parecían felices; salían por las noches, iban a happenings, a reuniones sociales. Roberto adoraba cuando su madre volvía a las dos de la mañana, subía a su cuarto y los

despertaba con un beso en la frente: "¿Vamos a hacer un pic-nic? Los chicos saltaban de la cama y bajaban en pijamas a la cocina donde Lili desplegaba todo lo que encontraba en la heladera. Reuniones mágicas de madrugada que nunca olvidaría. Después vinieron encuentros de otra clase. La vida se había convertido en película de aventuras. "Yo viví su clandestinidad. No tenía diez años y sabía lo que era esconderse en el piso de un coche para ignorar a dónde íbamos. Tenían que *tabicarnos* y no era tarea sencilla. Recuerdo al Jote puteando después de tres horas de dar vueltas por un barrio: '¿Saben chicos dónde estamos?' Con ingenuidad y satisfacción yo respondía. 'Sí estamos volviendo por la misma calle por la que pasamos antes'. 'La puta que los parió a estos pendejos, no se pierden más'"

Fue entonces cuando empezaron a frecuentar a Paco. Él les caía bien, era un tipo alegre, franco y bien dispuesto. Nadie les dijo nada pero no fue necesario. Supieron de inmediato que era la nueva pareja de su madre.

## **Setenta y tres**

Primero escucharon las frenadas. Seis coches rodearon la quinta Dixie de Tortuguitas donde Lili vivía junto a Paco, su hija Claudia -que estaba embarazada- y su compañero Sebastián "Jote" Koncurat. Eran las tres de

la mañana del miércoles 14 de febrero de 1973. Las puertas cayeron de manera estrepitosa. Lili escuchó pasos apurados en medio del silencio. No tuvo tiempo de hacer nada. Sabía que iba a ocurrir. Los días anteriores al allanamiento había percibido invisibles miradas en la nuca que la obligaron a acelerar el paso, doblar por las esquinas y perderse por calles desconocidas hasta sentirse a salvo. Todo empezó la tarde en que el casero de la quinta le acercó un cuaderno que habían dejado olvidado en el jardín. Planos, apuntes, relevamientos de lugares para posibles operativos. "Paco, nos tenemos que ir", dijo. "Calmate, Lili, ya vamos a ver qué hacemos, vamos a hablar con la Gorda Alicia a ver qué opina." Luego nada cambió, todos olvidaron el asunto, menos Lili. La vida transcurría tranquila ese verano. Lili militaba en los barrios del sur y poco sabía de las actividades de Paco y Claudia. Solían ir a la quinta compañeros que improvisaban reuniones, discutían, imaginaban cómo sería el país después del seguro triunfo peronista en las próximas elecciones y preparaban la unidad entre FAR, FAP y Montoneros. La represión era dura y los nombres de los diecinueve fusilados de Trelew retumbaban aún en la memoria: Carlos Astudillo, Rubén Bonet, Eduardo Capello, Mario Delfino, Alberto Carlos █del Rey, Alfredo Kohon, Clarisa Lea Place, Susana Lesgart, José Mena, Miguel Polti,

Mariano Pujadas, María Angélica Sabelli, Humberto Suárez, Humberto Toschi, Jorge Ulla, Nana Villarreal. Sólo tres sobrevivieron: María Antonia Berger, Alberto Camps, Ricardo René Haidar.

Eran los últimos días de la dictadura y había que estar atentos, pero la euforia de una inminente victoria hacía olvidar los riesgos de la clandestinidad. Tiradas las puertas comenzaron los gritos. En la casa nadie reaccionó, los policías parecían asustados, recorrieron las habitaciones y a los empujones obligaron a todos ponerse boca abajo en el piso mientras preguntaban "¿Dónde está el Profesor"? apuntando con armas largas y lanzando patadas a los cuerpos inmóviles. Lili no lograba ver la cara de Paco, quería saber de qué estaban hablando, quién era "el Profesor"; pero era inútil, nada veía, los habían vendado y esposado con las manos atrás. Escuchó golpes y toda la habitación comenzó a caer a su lado. Frunció la nariz varias veces hasta que logró espiar por debajo de la venda. Abrieron un ropero y descubrieron un doble fondo de donde sacaron cantidad de armas. Lili vio cómo tiraban a su lado pistolas y ametralladoras. Puteó para sus adentros, no tenía idea de que había un arsenal en la quinta. Después del episodio del cuaderno había quemado prudentemente cada uno de los documentos que pudieran resultar sospechosos, pero las armas estaban escondidas.

A los golpes los hicieron poner de pie y los arrastraron hasta un celular que los condujo a la brigada de investigaciones de Martínez. Otra vez bandera y escudo en la puerta. Un agente empujó a Claudia por la espalda; Lili lo increpó, “¿no ves que está embarazada?” “Mejor que te callés boluda, o vas a teminar como el hijo de puta de tu hijo que matamos en el Tigre”, fue la respuesta. La llevaron a un cuarto, sola, donde permaneció vendada y de pie por un tiempo que no logró establecer hasta que entró un hombre y comenzó a manosearla. “Vos, que tenés cara de angelito, vas a colaborar conmigo, ¿no?”, dijo, mientras sus dedos acariciaban los pezones. Lili permaneció inmóvil, quiso escupirlo pero el miedo había paralizado su boca. La mano del policía bajó hasta el vientre y casi como reflejó el pie de Lili pegó una patada. “Así que sos dura, bueno, entonces si no te gustan las caricias, vas a hablar con la electricidad, ¡Negro, prepará una picana!” La dejaron nuevamente sola. Llevaba dos años escuchando relatos sobre maltratos policiales. Sentía que había llegado su hora y esperaba estar a la altura de la situación. El miedo no había pasado de la breve parálisis. Se sentía segura. De pronto escuchó “Tuviste suerte, se cortó la luz”. Faltaba poco más de un mes para las elecciones y era la mujer de un poeta de prestigio, se sabía protegida.

Pocas horas después llegaron a la comisaría Manuel Ponce, Luis Labraña y Julio Roqué. Roqué era el fantasmagórico “profesor” por el que preguntaban durante el operativo y era miembro de la conducción nacional de las FAR.

Ocho días permanecieron incomunicados. Los ojos vendados, de pie, sin moverse, con poca comida y la amenaza permanente de la picana. Solo Roqué y Koncurat fueron torturados.

Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde se hicieron cargo de la defensa. Se alegró al verlos. La acompañaron a su primera declaración ante el juez. De pronto se encontró en una oficina que tenía una bandera, un cuadro de San Martín, un escritorio prolijo con un hombre detrás vestido de manera atildada y que parecía ignorar todo lo que ocurría en el cuarto de al lado: era el juez. No tuvo que hacer esfuerzo alguno para reconocerlo. Algunos quilos de más y una expresión hueca, pero era él. Recordaba la noche en que ese mismo hombre, joven y divertido por entonces, había bailado con ella en un salón de San Isidro. El doctor Esteban Vergara fingió no conocerla. Preguntó por las armas que encontraron en la quinta, recitó como una letanía una lista interminable de ametralladoras y pistolas de diverso calibre. Lili respondió resuelta que no tenía idea de dónde habían salido, que

había visto a la policía tirar en el piso todas esas armas pero que eran ellos quienes las habían puesto allí, “así actúan estos hijos de puta y su señoría debería saberlo”. Las preguntas se sucedieron sin sobresaltos. Lili quería terminar el trámite de una vez. Denunció las vejaciones a las que la habían sometido y la permanente amenaza de picana, pero el hombre parecía no escuchar. No manifestó gestos de asombro ni de condena. Antes de despedirse Lili lo miró a la cara y con una sonrisa le dijo “La verdad que te hace mal ser juez. Se te vinieron los años encima, prefiero recordarte como antes y no con esa cara de viejo inquisidor”. Dio media vuelta y dejó la oficina esposada y sin pedir clemencia alguna.

En tanto, afuera comenzaron los rumores. “¿Dónde está Paco?”, preguntaban sus compañeros del diario. Algunos decían que preso, otros lo imaginaban prófugo, y había quienes inventaban que se habría fugado con alguna mujer, “Ese tipo nunca fue serio, ya veo que está promocionando su novela, ahora se va a hacer secuestrar como Marcos el protagonista de su libro”. Días de incertidumbre en los que se conjeturaron las hipótesis más inverosímiles hasta que llegó el primer télex confirmando la noticia: “Paco Urondo detenido por la policía”. Timerman supuso de inmediato que se trataba de un complot contra su diario y ordenó una cobertura completa. Hasta que

finalmente un parte policial comunicó la detención de la célula de las FAR. Por primera vez el nombre del poeta Francisco Urondo se veía ligado a pistolas Browning, Colt, ametralladoras Halcón, carabinas Mauser y escopetas varias. Un satisfecho militar informaba a la prensa que el señor Urondo era el jefe de una célula terrorista que, entre otros hechos, había asesinado al teniente Sánchez, secuestrado a Ronald Grove, presidente del frigorífico Anglo, secuestrado al industrial Enrique Barella, asaltado destacamentos policiales, matado algunos policías y robado la Embajada de Alemania Occidental además de una armería de San Fernando y el policlínico Doctor Finochietto.

El velo que había caído para Lili una noche de noviembre de 1971 ahora ponía al descubierto una realidad oculta para el resto de la sociedad, y producía el mismo encantamiento. Mezcla de bandoleros y Robin Hood, los combatientes eran la expresión del deseo. Ocultos en las sombras habían mantenido en jaque a varios gobiernos. Ahora, dirigentes y militantes comenzaban a asomar sus narices a la vida pública y recibían abrazos y gritos de victoria. Paco, orgulloso, escribía: "Quiero denunciar, ante todos, público/ y clero, el robo de un par de anteojos, de alguna/ camiseta sucia y pañuelo usado, un número/ impreciso de poemas que venía escribiendo/ en los últimos años de esta guerra, un aparato/ de televisión, discos,

armas, souvenirs/ varios: un libro de Lenin, un disco/ de don Pepe de la Matrona que me regalara/ el Divino Divinsky por recomendación/ de marqués del Cante, don Fernando/ Quiñones, un asiento argelino, piedritas, cartas, dos botellas de vino/ chileno/ documentos reales y apócrifos y otras/ cosas pequeñas pero queridas./ Nada de esto, ni de otras cosas que/ omito han reaparecido. Fueron/ robadas por la policía en mi domicilio, entonces/ ilegal para ellos. [...] Hago esta denuncia, especialmente por la pérdida de armas y poemas, ya que ambos son irreparables. Han/ sido robados al pueblo de la república, a/ quien naturalmente pertenecían.”

Lejos de aislarlo, el conocimiento público de sus actividades lo convirtió en la expresión del poeta militante. El compromiso de la palabra llevado hasta sus máximas consecuencias. Pidieron por su liberación los intelectuales más prestigiosos del mundo: Malitte Matta, Marguerite Duras, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Regis Debray, Gabriel García Márquez, Jorge Semprún, Alberto Moravia, Carlos Fuentes, Copi, Julio Le parc, Paco Ibáñez, Pier Paolo Passolini, entre otros. Julio Cortázar escribía en el periódico Liberation su “Carta muy abierta a Francisco Urondo”.

Tenían la convicción de que serían liberados si ganaba un gobierno popular. Era el año de la revancha, Perón

volvía a hacerse cargo de la situación, todos ponían en él su confianza. Cámpora sonreía desde los muros con su camisa azul y el cinturón alto. Era el tío, un soldado de Perón: Cámpora al gobierno, Perón al poder.

Paco y los demás varones detenidos fueron derivados a Devoto mientras Lili y Claudia terminaron en el Correccional de Mujeres. Las ubicaron en una celda y al rato, detrás de la mirilla de la puerta, una voz las saludó. Era María Antonia Berger, una de las sobrevivientes de los fusilamientos de Trelew. "¿Necesitan algo?" La respuesta fue inmediata: una bombacha. Durante los días que pasó ahí conoció mujeres decididas y felices. No imaginaba que la cárcel podía contener tanta vida. Suponía que era un lugar de encierro y muerte. Encontró un afecto incondicional entre las presas políticas, fecundas reuniones con compañeras de diversos grupos. Pasó allí pocos días. Los abogados lograron alejar a Lili y Claudia de las acusaciones más severas. Eran la concubina y la hija del poeta, no tenían por qué estar implicadas, eran sólo mujeres al fin.

El 7 de marzo Lili salía en libertad. Ortega Peña y Duhalde, la fueron a buscar al departamento Central de Policía, la encontraron más flaca, el pelo llovido, la cara lavada y un uniforme azul raído de presidiaria varias tallas más grande. Su cuerpo se perdía en semejante sacón sin

forma con muestras de polillas varias. "¿A dónde te llevamos, Lili?" "Nos vamos ya al Tropezón, muero por un bife con papas fritas." ¿Querés pasar a cambiarte por algún lado?" "No, voy así, no vamos a hacer pinta ahora. Además me queda divino, ¿o no?" Atrás quedaban los sombreros cajas, los tules de la abuela Juana, el terciopelo de las cortinas y los aparatosos vestidos de la adolescencia. Con la misma gracia portaba ahora su uniforme de presa.

Llegaron al restaurante de Corrientes y Callao. Mantel blancos, un florero con una rosa, copas, canasta de panes y manteca parecían puestos especialmente para recibirlos. El local estaba lleno, había parrilladas, pollos a la provenzal y tallarines caseros en las primeras mesas, prolijos comensales mordisqueando satisfechos cada bocado. Lili entró con una sonrisa franca y abierta perdida en su uniforme carcelario. Comió un bife con papas acompañado por suficiente vino. Estaba feliz. Les contaba lo que había visto en la cárcel, analizaba la posibilidad de que Paco saliera en libertad, hablaba de las elecciones. Hubo postre y café. Luego cayó en la cuenta de que no tenía casa donde ir. Fue a lo de Alcira Argumedo. Más festejos y reencuentros. Durmió allí.

Al día siguiente se cumplían dos años del asesinato de Manolo y Diego. Lili participó en reuniones desde temprano y por la tarde fue nuevamente al rincón de Milberg donde

los fusilaron para rendir un nuevo homenaje. Esta vez el clima era festivo. Un cielo claro acompañó cada palabra. Para Lili era el reencuentro con la libertad y la tribuna. De allí partió para la cancha de Independiente, en la ciudad de Avellaneda, donde se realizaría el acto de cierre de campaña de Cámpora. Imposible arrimarse sin dificultades al estadio. Las calles laterales estaban colmadas de gente y pancartas. Miles de personas que gritaban "Perón, Evita, la patria socialista", a un lado avanzaba una columna de Montoneros que saludaba el cántico con otro de respuesta: "Aquí están, estos son, los fusiles de Perón". Lili no pudo contener las lágrimas. Estaba ocurriendo algo mágico. Lo que habían soñado durante todo ese tiempo se convertía en realidad: multitudes abrazándose, caminando juntos, coreando por las calles "FAR y Montoneros, son nuestros compañeros".

El 11 de marzo de 1973, Héctor J. Cámpora ganó las elecciones con el 49,5 por ciento de los votos y no hubo ballottage. Por una vez se cumplió el jingle de campaña: "Compañeros, compañeros, la elección ya está resuelta/ ganaremos la primera y no habrá segunda vuelta/ Cámpora y Solano Lima, los hombres del frente y de Perón"